El Ideal Gallego

La Coruña, Miércoles 26 de Marzo de 1958 Teléfonos: Redacción, 1177 y 1594. Administración, 1542 y 2830

Colaboradores de EL IDEAL GALLEGO

AZORIN

Por Mariano TUDELA

AL borde casi de la primavera, el 18 de marzo de 1958, los poetas españoles, o, más exactamente, una determinada generación de la poesía española--Damaso Alonso, Rosales, Panero, Vivanco, Souviron, etc.--han rendido un homenaje de admiración y afecto al viejo y fabuloso Azorín, al increíble y maravilloso señor Martínez Ruiz, don José, de Monóvar, alto, apergaminado, silencioso, venerable y solemne.

El acto se celebró a las seis de la tarde, porque Azorín, esclavo de sus costumbres inveteradas, es hombre que cena a las ocho, que se acuesta a las diez, que duerme hasta el alba, momento en que se levanta, todavía ahora, para escribir. Lo temprano de la hora hizo que yo no pudiese asistir, que yo no pudiese hundirme entre el gentío que acudió a la llamada de los poetas. Lo he sentido; pero he procurado desquitarme leyendo las parcas informaciones de los periódicos, contemplando las fotografías, nutriéndome con las impresiones de los amigos que habían estado allí.

Parece que todo tuvo un carácter entrañable, aunque rubricado por un halo misteriosamente solemne, particularidad que no cuadra nada mal a la prosa--exacta y justa, pero solemne--del maestro. Azorín, según me cuentan, abrazaba a cada uno de los oradores de la tarde con empaque de gran señor, serio siempre, sin despegar los labios. Al final, el párrafo de gracias del escritor fue leído por segunda persona. Azorín lleva su senectud con señorío, y por nada del mundo caería en el error de cansar a un auditorio con los temblores de su voz, con las dificultades de su resuello.

No estuve allí y lo deploro de veras. Por Azorín siento un profundo respeto y una admiración sin fronteras. Humanamente su frialdad hermética me sobrecoge. Sobre todo teniendo en cuenta que tras ese hielo aparente se esconde una caliente y aromática humanidad. Al vivitarle, en su casa, cualquiera padece la impresión de que el visitante es el propio Azorín; como tímido, como sin saber qué hacer, se sienta sigilosamente en el borde de una silla. Mi amigo Mariano Gómez-Santos me contaba hace poco la impresión que le había causado el maestro, en ocasión de una serie de visitas que le hizo para obtener material con destino a una biografía seriada, que más tarde se publicó en un diario madrileño. Una mañana, me contaba Gómez-Santos, sonó el teléfono; Azorín se levantó; hasta mí llegaban las cortantes palabras del maestro; luego regresó; me dijo:

--¿De qué estábamos hablando?

Aquella misma tarde se hacía pública la noticia de la concesión del Premio March a Azorín. El propio escritor confirmó a Gómez-Santos que había recibido la buena nueva estando con él, por teléfono. Y ni siquiera había parpadeado.

Admiro la presencia de ánimo de Azorín, cuando dejo la lectura de sus páginas, siempre a mano, y me enfrasco en los vericuetos de su biografía. Y me desconcierta el pensar que aquél Martínez-Ruiz joven, de hace sesenta y dos años, fuese tan absolutamente distinto. Por mucho que haya de leyenda en lo del paraguas rojo y en lo del pronto hosco y destemplado, conviene pensar que no todo es mentira. Y aquel Martínez-Ruiz juvenil,, el de las pensiones de la calle de la Montera, el de la dialéctica en el café, el de las visitas nocturnas a la redacción de "El País", está distanciado del provecto, del ilustre Azorín de nuestros días por una distancia sideral. La vida es como un zig zag estirado y difícil, festoneado de peligros que pueden dar al traste con la personalidad más lograda. Atrapar el acierto supone el triunfo, y Martínez Ruiz, serenamente, ha desembocado en nuestro extraordinario, cabal, hondo Azorín.

El que al borde de la primavera haya salido un grupo de poetas que convocasen a su homenaje me parece como si en cualquier día del año, le ofreciésemos todos, poetas o no, el testimonio de nuestra admiración más cumplida. Lo único que de verdad siendo es no haber estado presente. Aunque me haya desquitado con las informaciones de los periódicos, con las fotografías y con las versiones de los que estuvieron, la otra tarde, en torno al viejo y fabuloso Azorín, el increíble y maravilloso señor Martínez-Ruiz, don José, de Monóvar, alto, apergaminado, silencioso, venerable y solemne.